

LA EDAD DE LA LECTURA. Filosofía y Universidad

Julián Serna Arango

Profesor Universidad Tecnológica de Pereira

Resumen

En lo relativo a su desarrollo intelectual distinguimos tres edades en el hombre: la del habla, la de la escritura y la de la lectura, en la última de las cuales surge la universidad cuando se imponen en Occidente la escritura discontinua y la lectura en voz baja. En virtud de la concepción de la universidad como institución propia de la edad de la lectura, se reivindican el seminario investigativo alemán y la educación permanente.

Palabras claves:

Universidad, lectura, seminario investigativo alemán

Abstract

Related to its intellectual development, three ages in the humanity are distinguished: the speaking, writing, and reading ones. The last in which the university arises when in the west discontinued and whispered reading is prevailed. On relation to the conception of the university as proper university in the reading age, the german research seminar is vindicated and the permanent education.

Key words:

University, reading, german research seminar

1 La edad del habla

En el comienzo fue el habla, la misma que facilitó al hombre, o mejor, a los hombres, combinar sus esfuerzos para sobrevivir en medio de un entorno hostil. Con el descubrimiento de la agricultura, denominado por algunos como la revolución neolítica, no sólo se dio un salto demográfico, cuando además se multiplicaron los roles; ello hizo más compleja todavía la vida en comunidad. De allí la invención de la escritura pictográfica como auxiliar del habla para transmitir información comercial, de acuerdo con las tablillas sumerio-acacias conservadas.

Aunque los usuarios de la escritura pictográfica, de la ideográfica también, al trascender el ámbito de los objetos físicos solían hallar dificultades insalvables, no por ello dejaría de crecer su respectivo inventario de signos. Porque escribir era una actividad verdaderamente abstrusa, en la que era menester memorizar miles de signos, su dominio podía ser conquistado por especialistas únicamente. Es cuando se realizan una serie de esfuerzos tendientes a simplificar la escritura. En primer lugar, se introdujo el principio de fonetización, haciendo de la escritura el doble del habla, es decir, el doble gráfico de un fenómeno acústico. Ahora había un signo diferente para cada sílaba y en esa medida pudieron ser escritos los nombres propios y los términos abstractos. No obstante, los signos sobrepasaban el centenar y la escritura siguió siendo asunto de especialistas. En segundo lugar, los fenicios dieron un paso todavía más adelante relativo a la simplificación del sistema de signos. Todas las sílabas que compartían la misma consonante fueron escritas con el mismo signo. De allí la invención del alfabeto, o mejor, de un alfabeto que únicamente tenía signos para las consonantes. El número de los signos fue drásticamente disminuido, como la condición de la posibilidad de la democratización de la escritura. No faltaron las dificultades, sin embargo. Porque carecía de signos para las vocales, la escritura fenicia resultaba ambigua, pues el lector debía deducir las vocales atendiendo al contexto.

Aunque las escrituras silábicas y alfabéticas con signos únicamente para las consonantes no sólo se utilizaron para llevar cuentas, cuando además sirvieron de soporte a múltiples prácticas culturales, lejos estuvieron de desarrollar las posibilidades de la escritura hasta sus últimas consecuencias. Dichas formas de escritura todavía estaban comprometidas con la *edad del habla*, y no trascendieron su condición de copia más o menos fiel.

2 La edad de la escritura

Al adicionar signos para las vocales al alfabeto de origen fenicio, los griegos superaron las limitaciones padecidas por los anteriores sistemas de escritura. Ello potenció el

nuestros hábitos de profundización intelectual por el imperio de los - bajo el signo del rating por conducto del cual se realiza una especie de nivelación por lo bajo. He ahí otros tantos peligros que debe sortear una universidad concebida como ámbito propio para la gestación del saber, para no hablar de su eventual colonización por poderes ajenos al poder del saber como serían los poderes políticos (desde el clientelismo hasta la burocratización o multiplicación de los intermediarios) y económicos, y en particular, el mercado, cuando la universidad dejaría de ser ariete del futuro para degenerar en apéndice del statu quo. Todo lo cual pondría en entredicho las conquistas de ese hombre que en la edad de la lectura advirtió en la racionalidad apodíctica - a través de la cual se construyen tratados, sistemas- un montaje, un sofisma, o en el mejor de los casos los síntomas de una acusada miopía intelectual para registrar las diferencias; que advirtió en la racionalidad instrumental -el último de los retoños de la metafísica- la domesticación del pensar, su negación; de ese hombre que en la *edad de la lectura* reconoció su verdadera patria en el lenguaje.

Así como la lectura no es un hábito intelectual más en el contexto de la vida académica, la universidad no es una institución más en el contexto de la vida social. Como espacio abierto a la interpretación y a la discusión de textos, hechos, teorías, pero también de la red de significados y sentidos que los soporta, la universidad asume como ninguna otra institución lo hace la historicidad del hombre hasta sus últimas consecuencias, como un ser de cara al futuro, como un ser en condiciones de licenciar dioses, construir mundos y someter golems.

Notas

- (1) RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Madrid: Siglo XXI, 2a edición, 1998. p. 38
- (2) BLANCHE-BENVENISTE, Claire. Estudios lingüísticos sobre la relación entre la oralidad y la escritura. Barcelona: Gedisa, 1998. p. 86
- (3) CAVALLY, Guglielmo, y CHARTIER, Roger. Introducción. En: Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus, 1997. p.31
- (4) Cfr. RORTY, Richard: La filosofía y el espejo de la naturaleza. Cátedra: Madrid, 1995. p. 292
- (5) CALVINO, Italo. Seis propuestas para el próximo milenio. Madrid: Siruela, 1989. p. 72

Bibliografía

- BLANCHE-BENVENISTE, Claire. Estudios lingüísticos sobre la relación entre la oralidad y la escritura. Barcelona: Gedisa, 1998. 176 pp.
- BORRERO, Alfonso S. J. La idea de la universidad medieval. Ascum
- BOTTERO, Jean y otros. Cultura, pensamiento y escritura. Barcelona: Gedisa, 1995. 187 pp.
- CATACH, Nina. Compiladora. Hacia una teoría de la lengua escrita. Barcelona: Gedisa, 1996. 331 pp.
- CAVALLO, Guglielmo. CHARTIER, Roger. Comps. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus, 1998. 585 pp.
- GADAMER, Hans George. Verdad y método. Salamanca: Sígueme, 1993. 2 vol.

- GOODY, Jack. Cultura escrita en sociedades tradicionales. Barcelona: Gedisa, 1996. 383 pp.
- HOYOS VASQUEZ, Jaime S. J. El seminario en la experiencia docente en la Facultad de Filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá: Revista Universitas Philosophica No. 10, 1988. p. 39-53
- HABELOCK, Eric. A. La musa aprende a escribir. Barcelona: Paidós, 1996. 188 pp.
- OLSON, David. El mundo sobre el papel. Barcelona: Gedisa, 1998. 349 pp.
- OLSON David. R. y TORRANCE, Nancy. Comps. Cultura escrita y oralidad. Barcelona: Gedisa, 1998. 383 pp.